

Detectives en el Parque Rodó

Helen Velando

loqueleg

Una lata llena de lombrices

—¡No, no, no! Pancho, ¿te volviste loco? —preguntó Gastón.

Pancho lo miró con cara de no entender nada.

—Pero, ¿cómo? ¿No me dijiste que había que pensar en un plan, para que ella se fijara en vos?

—¡Sí, es cierto! Quiero que se fije en mí. Pero si le llevo una lata llena de lombrices, me va a sacar a patadas, ¿entendés?

Pancho, con cara muy seria, se levantó un poco el gorro. Miró la lata que tenía en la mano y no entendió por qué su amigo se enojaba tanto. ¿Qué mejor que invitarla a pescar al muelle? Y para pescar se precisaban lombrices.

—Pero, Gastón, si la invitás a pescar, seguro que se va a querer arreglar con vos...

La tarde ya se estaba convirtiendo en noche, y el calor de todo el día dejaba un aire tibio, con olor a verano.

Pancho seguía sin entender por qué la idea de las lombrices no era buena.

Santiago, que estaba arrodillado arreglando la cadena de su bicicleta, no pudo aguantar y le dijo:

—Panchito querido, ¡vos no entendés nada de mujeres! ¿Cómo pensás que alguien te va a dar bolilla, si vos le llevás de regalo una lata con bichos?

Las charlas en la vereda eran cosa de todas las tardes, había que aprovechar lo que quedaba de las vacaciones. Pero aquella era una tarde especial, Gastón tenía que pensar en un plan para conocer a Verónica.

8 —¡Ah! ¡Ya lo tengo! —exclamó Pancho contento—. Invítala a jugar a las maquinitas, seguro que Verónica se va a querer arreglar con vos...

Gastón lo miró como para matarlo y Santiago dejó la bici contra el murito. Esto requería de toda su experiencia.

Se acercó a Pancho, lo abrazó cariñosamente y le dijo:

—En la vida hay otras cosas aparte de las maquinitas, querido Pancho.

—Sí, ya lo sé. Una buena película de karatecas...

—¡No, Pancho, no! Estoy hablando de las mujeres... del amor... ¿Entendés? —suspiró Santiago.

Pancho miró a sus dos amigos, aunque en realidad ya casi no los veía, porque la noche se había adueñado de la cuadra y empezaban a encenderse algunas luces.

No los entendía muy bien. Ellos eran apenas un poco mayores; sin embargo, a veces Pancho prefería jugar solo con sus juegos de video: eran menos complicados.

—Bueno, ya entendí. No quieren mis lombrices —dijo subiéndose a su bicicleta—. Entonces ¡chau!

—¡No te enojés, Panchi! ¿Nos vemos mañana en el muelle? —alcanzó a preguntar Gastón, mientras el otro embalaba en la bajada y se perdía al dar vuelta a la esquina.

No había caso: Pancho era un buen amigo, pero de mujeres no entendía nada. En cambio Santiago era distinto, tenía experiencia. Ya había estado arreglado una vez, como tres días.

Gastón se preguntó qué podría hacer. Verónica era nueva en el barrio, se había mudado ese verano y casi enseguida se fue de vacaciones con sus padres.

Pero ayer, cuando Gastón pasó por la casa de la esquina, vio luz en la ventana. Eso significaba solo una cosa: ¡Verónica había vuelto! Aún quedaban como dos semanas de vacaciones, así que debía concretar un plan para conocerla.

Mientras reflexionaba en esto Gastón miraba a lo lejos con ojos de huevo duro.

—¡Che, Gastón! ¿En qué estás pensando? ¡Aterrizá! —dijo Santiago riéndose de su cara.

Santi y Gastón eran compañeros de clase desde tercer año, se hicieron amigos y aunque a veces se peleaban, siempre volvían a jugar juntos.

Una vez discutieron por una falta, un foul, en un partido de fútbol y no se hablaron por una semana. En realidad no se hablaron hasta que se armó otro partido

y a Santi le cobraron un penal. Gastón salió a defenderlo y después no fue necesario decir nada más, se volvieron juntos festejando el triunfo como si no hubiera pasado nada.

10 —Ya arreglé la cadena de la bici. Bueno, voy hasta casa a comer algo. Mi madre me prometió que iba a hacer una pizza con muzzarella. Además quiero practicar un poco con la batería antes de que llegue mi padre, si no empieza con el tema de los vecinos y el ruido. ¿Mañana te paso a buscar para ir al muelle?

—Sí... está bien... —contestó Gastón mirando la casa de la esquina.

Solo con mirar la casa de Verónica, Gastón ya sentía cosquillas en la barriga. ¿Eso sería amor? A lo mejor todo esto tenía que ver con eso de lo que siempre hablaban sus padres, la adolescencia.

En realidad si la adolescencia era eso que le pasaba con Verónica, era bastante bueno, aunque se ponía un poco nervioso cada vez que la veía. A veces ni se daba cuenta si alguien le hablaba.

—¡Chau! ¡Y no te preocupes! —le gritó Santiago dando pedal—. ¡Ya se nos va a ocurrir algún plan!

Gastón suspiró y dando media vuelta, se fue para adentro.

Había solo una cosa que podía calmar su ansiedad: ¡comer un buen refuerzo!

Un encuentro desastroso

Eran como las cuatro de la tarde y hacía mucho calor, por eso Sofía y Florencia salieron a tomar el fresco a la vereda. Vivían en un edificio de apartamentos que tenía un corredor largo. En la puerta, un árbol enorme daba su sombra justo sobre un murito. Aquel era el mejor lugar para sentarse a charlar.

11

—Esos tres están tramando algo, ¡te lo aseguro!
—comentó Florencia mientras se ataba un champión.

—Lo que pasa es que están bobitos desde que se mudó esa gurisa... —dijo Sofía sentada en el murito.

—Sí, y vos estás celosa —rió Florencia.

—¿Yo celosa? ¡No digas pavadas! A mí qué me importa. Esos bobos lo único que saben es juntar lombri-ces para ir a pescar o hablar de juegos de video...

—Pero Santiago te gustaba...

—¿Ese, todo lleno de pecas? —se escandalizó Sofía—. ¡Ni loca!

—Pero cuando él te mandó la cartita, te derretiste como si fueras de manteca...

—Bueno, ¡basta, Florencia! —cortó, tajante, poniéndose toda colorada—. Fue por un momento, después me di cuenta de que lo nuestro no podía ser.

—¿Y se puede saber por qué?

—¡No te diste cuenta de que él usa aparato!

—Sí, pero tiene pinta...

—¡Basta, Flor! —se enojó Sofía—. ¡Terminala!

—Está bien, de todas formas ahí vienen...

12 Sofía, nerviosa, empezó a mover las piernas, tanto que casi se cae del murito. Santiago, Gastón y Pancho avanzaban por la vereda e inevitablemente debían pasar por delante de ellas.

Santiago era pelirrojo y por supuesto en la clase le decían “pelo con tuco”; un poco flaco y alto, pero tenía pinta.

Gastón en cambio era un poco más bajo, de pelo castaño y tenía una mirada soñadora. Y Pancho... bueno, Pancho era el más chico de los tres, tenía cara redondita y cuando se reía se le hacían dos pocitos en las mejillas.

Caminaban mirando hacia la esquina.

—Mirá, están en la puerta, vamos a decirles algo...

—propuso Santiago, nervioso, apretando su caña de pescar.

Entonces pasó algo inesperado: Pancho se adelantó con la lata de lombrices y estirando su mano saludó:

—¡Hola! ¿Quieren comer una?

—¡Ayyy! —gritaron las dos.

Santiago y Gastón no pudieron evitar reírse de la cara de asco que pusieron las chiquilinas.

—¡Sos un asqueroso, Pancho! —le dijo enojadísima Florencia.

—¡Y ustedes dos también! —agregó Sofía, y miró a Santiago furiosa.

¡Que justo Santiago le hiciera eso a ella, era demasiado! Santi le gustaba, pero claro, no podía decírselo a nadie, y menos a Florencia, porque seguro que se le iba a escapar y terminaría contándoselo a él. De solo pensarlo, se moría de vergüenza; con qué cara miraría a Santiago si él descubría que ella gustaba de él. Por eso lo mejor era hacer de cuenta que no le interesaba.

Fue inútil que Santiago tratara de disculparse, explicándole a Sofía que la idea no había sido suya.

—Mirá, Santiago, no quiero que me hables nunca más en-tu-vi-da. ¡Vamos, Florencia! —y las dos se fueron por el corredor.

Pancho se reía divertido, hasta que se dio cuenta de que sus dos amigos lo miraban como para hacerlo puré.

—Bueno... ¿quién los entiende? —dijo Pancho tratando de calmarlos—. Ustedes querían decirles algo... ¿no? Era una broma. ¡Che, no es para tanto!

Gastón y Santiago seguían mudos mirándolo con bronca.

—Bueno, ya entendí. Mejor me callo. ¿Vamos? —invitó tratando de sonreír.

—Sí, mejor vamos —aceptaron los otros dos.

Siguieron caminando por el costado del estadio de Defensor y cortaron camino subiendo por las canteras.

El muellecito se ponía hermoso a esa hora de la tarde, el agua mansa y verde entraba entre las rocas y hasta los cangrejos se quedaban quietitos para no romper la magia de la siesta. Desde allí se veía toda la ciudad, los edificios, las torres de ladrillo y más abajo la rambla donde autos y más autos, iban y venían siempre apurados.

14

Por eso aquel lugar era mágico, porque allí, el tiempo parecía detenerse y uno podía escuchar hasta el sonido del agua.

Santiago estaba un poco mal por el encuentro con Sofía, pero además le estaban pasando otras cosas, cosas que a veces no entendía.

Ella estaba en su misma clase y desde hacía tiempo a él le gustaba. Un día se decidió a mandarle una carta... pero nunca le contestó.

A Santiago le gustaba la forma en que Sofía movía el pelo, tan largo y tan castaño. Cuando aparecía en la vereda, parecía que todo se volvía de colores, y le encantaba verla andar en bicicleta, parecía que volaba. El pelo castaño flotaba con el viento y...

—Santiago, pásame un pedazo de media que tengo que atar la carnada —pidió Gastón—. ¿Qué te pasa, Santi? Estás con una cara...

—No te pongas así, yo les hice una broma; esas dos



son unas amargadas —se rió Panchito.

—No, no es eso, lo que pasa es que... es que... hay algo que me está pasando que...

Gastón puso cara seria, después de todo Santiago era su amigo y a lo mejor tenía algún problema grave.

—Contá, Santi, estás entre amigos.

—Sí, Santi, contá, sabés que somos como una tumba muerta —apoyó muy serio Panchito.

16 A Santiago le daba un poco de vergüenza aunque ellos fueran sus amigos; a lo mejor se reían o no entendían nada de lo que le estaba pasando. ¡No, mejor no les decía nada!

O mejor sí, porque después de todo eran sus amigos y esto no lo podía hablar con su hermana, porque a ella sí que ni loco se lo iba a contar.

Los otros dos seguían mirándolo, Gastón con una lombriz en la mano, esperando que por fin su amigo hablara.

—Bueno, hoy de mañana... cuando fui...

—Cuando fuiste, ¿adónde? —preguntó Pancho.

—Pará, no lo pongas nervioso. Seguí, Santi, seguí, que esta lombriz puede esperar.

—Bueno... hoy de mañana cuando me levanté, fui al baño y... me iba a bañar... y...

—¿Y qué te pasó? —preguntó nervioso Gastón—. ¿No salió agua? ¿Te olvidaste del champú? ¿Tenías piojos?

—No, me salieron pelitos —confesó poniéndose todo colorado.

Gastón y Pancho se empezaron a reír.

—¡Claro! Yo sabía que se iban a reír, gansos —dijo furioso Santiago.

—¿Era eso? ¿Pelitos? Yo pensé que te pasaba algo grave... ¡ja!¡ja!¡ja! —seguía riéndose Gastón—. No te enojés, pero yo me preocupé, pensé que en serio te pasaba algo terrible. Eso, lo de los pelos es lo más natural; te digo más: yo me miro todos los días, pero nada, ni uno solo.

—Ya sé que es normal, pero bueno, es la primera vez que me salen y...

—¿Sabés qué? Mi hermano —interrumpió Pancho— el año pasado cuando empezó el liceo no tenía ni un pelo. Y ahora mi viejo ya le compró una maquinita de afeitar, porque dice que si no le queda muy desprolijo. Dice que yo también voy a tener barba espesa como él. Y miren, yo ya estoy teniendo un poco de bigote.

—Callate, Pancho, no tenés ni pelusa —dijo riéndose Santiago.

—Bueno, ¿vamos a pescar o a hablar del hombre-lobo? —rió también Gastón.

Encarnaron con las lombrices que había conseguido Pancho y se pusieron a esperar que la boya se hundiera.

Las tres figuras se recortaban a la distancia en las rocas, el sol todavía estaba sobre el horizonte y la ciudad se quería dormir junto al muelle.